

EN EL NIDO DEL PETIRROJO

Hoy era el día que papá y mamá petirrojo llevaban tiempo aguardando. Mamá había encontrado un nuevo hogar en un parque muy poblado de árboles en las ramas de un roble alto y frondoso. Papá petirrojo trabajaba duro buscando alimento para la mamá, y ahora los cuatro huevecitos azules que ella había cuidado se habían abierto por fin.

Mamá y papá les pusieron nombres: Picotón, Colorao, Guinda y Chispita.



Mamá y papá estaban muy orgullosos de su familia, y los pequeños querían mucho a sus papás. Sin embargo, solían pelear entre ellos para ver quién recibía los mejores alimentos que papá y mamá traían al nido y nunca se acordaban de pedir *por favor* o dar las gracias a sus papás que tanto se esforzaban por buscar alimento para todos ellos.

—Papá, ¿me traes una lombriz bien gorda y jugosa? —rogó Picotón.

—Haré lo que pueda —dijo el papá—, las lombrices se esconden muy hondo y no son fáciles de encontrar.

—A mí no me gusta comer lombrices —refunfuñó Chispita—, son muy largas y resbaladizas. Mamá, ¿por qué no nos traes mejor unos saltamontes?

—¡Ni hablar! —Interrumpió Guinda—. Los saltamontes saben atroc. Prefiero unas bayas bien tiernas.



—Chicos —recordó la mamá a sus hambrientos pajarillos—, cuando pidan algo tienen que ser amables y esforzarse por comer con gratitud lo que les pongan delante.

Pero los cuatro polluelos siguieron con sus exigencias.

—¿Sabes lo que me gustaría en realidad? —Dijo Colorao—. Un sabroso escarabajo.

—Papá, tengo una idea —dijo Picotón—, tráenos a cada uno lo que nos gusta. Así estaremos todos contentos.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó la mamá al papá.

—Quizás podemos buscar alimento juntos esta vez, a ver qué encontramos como equipo —respondió el papá.

El papá fue el primero en avistar una lombriz grandota que se retorció sobre la hierba. La agarró y junto con mamá regresó al nido.



—¡Miren! ¡Papá encontró mi lombriz! —Trinó Picotón—.
¡Seré el primero en desayunar!

—Picotón —dijo la mamá—, esta lombriz alcanza para todos ustedes. Papá y yo seguiremos buscando más comida, pero mientras tanto, pueden compartirla.

Sin embargo, en cuanto los papás salieron volando otra vez para proseguir su búsqueda del desayuno, Picotón anunció.

—Lo siento chicos, ¡pero esta lombriz es mía! Todos ustedes pidieron otra cosa de desayuno. Tendrán que esperar su turno.

Pero los otros pajarillos estaban tan hambrientos, que aunque no les gustaban las lombrices, la idea ya no les parecía tan mala.



—¿Y si no encuentran escarabajos por ningún lado? —Dijo Colorao preocupado—. ¡Tengo mucha hambre!

—Yo también —dijo Guinda—. Por favor, déjanos un poquito de lombriz.

—¡No, no! ¡Ni hablar! ¡Es mi lombriz, y me la voy a tragar toda solito!

Chispita, Guinda y Colorao no se iban a rendir tan fácilmente y comenzaron a tirar de un extremo de la lombriz. Y Picotón se aferró fuertemente a la otra punta. Esperando poder quitársela a sus hermanitos, decidió encaramarse en el borde del nido para poder hacer más fuerza.

—¡Picotón, por favor, baja de ahí! —Guinda gritó—. ¡Es peligroso! Pero Picotón ignoró la advertencia de Guinda y siguió tirando con todas sus fuerzas. Y se cayó del nido. La caída pareció interminable. Fue a parar sobre un colchón de hierba. ¡Plop!



—¡Retórtolas! —Chilló Chispita—. ¿Se habrá lastimado?

—No creo —dijo Colorao echando un vistazo—. Se ha levantado. ¿Qué hará para volver al nido? Nuestras alas aún no son suficientemente fuertes para volar.

Los tres pajaritos recorrieron el borde del nido con la mirada buscando algo que lo pudiera ayudar, pero avistaron otra cosa.

—E-E-Es un ga-ga-gato —exclamó Guinda.

Mamá y papá les habían dicho que a los gatos les gustaba atrapar a los pajarillos que vagaban solitos.

—Uy, esto no luce nada bien —dijo Colorao.

Abajo, en el suelo, el pequeño Picotón temblaba de miedo. Estaba muy arrepentido de haber hecho tanto jaleo por una lombriz. Ahora se encontraba en una encrucijada. No podía subir al nido —estaba demasiado alto— y el gato cada vez estaba más cerca.



De pronto, un anciano apareció detrás de algunos árboles.

—¿Qué has encontrado, Toby? —dijo el anciano mientras se acercaba a donde estaba el gato.

Entonces vio al pequeño Picotón, aleteando enérgicamente, tratando en vano de volar. Al anciano le encantaban los pájaros, y había leído en la Biblia que ningún pajarillo cae a tierra sin que Jesús lo sepa¹.

—Se te ve muy saludable y vivaz —dijo el anciano a Picotón mientras se inclinaba para recogerlo con su pañuelo—. ¿Está por aquí tu nido? De pronto, escuchó un trino agudo. Era Chispita, preocupada por Picotón.

—Listo —dijo el anciano mientras suavemente colocaba a Picotón de vuelta en el nido.



¹Mateo 10:29

Tras asegurarse de que estaba bien, el anciano prosiguió con su paseo.

Ya reunido con sus hermanitos, Picotón humildemente dijo:

—Fue una necedad hacer tanto jaleo por una lombriz.

—Estamos muy contentos de que estés de vuelta —dijeron al unísono Chispita y Guinda.

—Me esforzaré por ser más amable con todos.

—Y nosotros también —afirmó Colorao.

Para deleite de los pajarillos, todavía tenían una lombrizota que podían saborear y que compartieron. Cuando regresaron papá y mamá, les agradó mucho verlos comportarse amablemente unos con otros. Y cuando los pequeños petirrojos vieron la deliciosa comida que papá y mamá les habían traído, se acordaron de dar las gracias de todo corazón.

